



Croniscopio



A todos los estudiantes se les debería encarcelar. Lo exijo y punto

Luis Arturo Páramo

Cada semestre, al final, la universidad comienza a morir lentamente; los muchachos empiezan a desaparecer entre corredores y bloques; las muchachas que iniciando el semestre trajeron sus mejores estucos ahora ni se pintan; en las mañanas, su rostro se cubre con un rosadito momia ¡que ni paqué les digo!, un color que labraron los días de entrega de trabajos y parciales finales; en las mañanas mi corredor amanece como si mil huracanes hubieran barrido en la noche; entre los corredores de los celadores de la rectoría, una niebla se desgaja montañas abajo y va licuando los sonidos y el paisaje atiborrado de toda clase de recuerdos; en el fondo de mi cuadra, Remedios la bella compone sinfonías con los platos del gimnasio y en mis rincones suena como el menaje en remojo de un restaurante descomunal; los desplazados, que salen a vacaciones mientras los moachos estudian, regresan: el colibrí que tiene penthouse en el dintel de la puerta del coliseo; un grillo que

regresa a morir entre la frontera de hierba del frente; la mariposa que pincela con sus azules mi puerta y tu recuerdo que igual que ella revolotea entre mis sienes.

A veces salgo; y cuando voy entre corredores, fantasmas de conocidos y amigos se esfuman detrás de las aristas del 33; algunos olores los delatan; los aromas de algunas niña-mujeres se desmadejan con el sol de las ocho de la mañana y arañan las consignas y los grafitis que se resisten al tiempo y al silencio; huele a Diarlunarias y a Mafalda, pero sobre todo huele a ti por cada maldito rincón, por cada sendero y por cada muro de mi sentimiento; sobre el medio día, ya casi me he acostumbrado a tu ausencia aunque se resista tu aliento que ha trepanado lo que soy, lo que siento; en la tarde, recién cuando regurgito tus chiritos entre mis ansias, la brisa se pasea amañadamente y en el alterno, las mallas se amontonan detrás del aire denso como un cortejo fúnebre que ceremonia la ausencia de sus residentes más habituales.

Aquí, a todas y todos se extraña; a los juiciosos que ahora mismo están en la tierra en que nacieron porque todos vuelven, como lo dijo el poeta Miró; están resetiando los amores que los vieron crecer; vuelven a la calle que siempre estuvo huérfana de asfalto pero viva de recuerdos: besos furtivos entre los cun-clí por mí y los ponchaos; regresan al parque con las bancas de eterno cemento repintadas y donde venden helados de doscientos; a la cicla que ahora heredó el hermano menor o el primo y que debe pedirse prestada, ¡todo bien que's por un ratito!: se vuelve a la casa del primer amor que nunca se olvida y al chapuzón en el charco donde se aprendió a nadar tragando agua; y se vuelve también para ser noticia:

porque “cómo le ha servido el estudio, va palo arriba, se echó a perder, esta gorda, como que aguanta mucha hambre por allá, llega con gente extraña, el pelo no lo tenía así o, no saluda a nadie”.

Extraño a los primíparos, los que andan siempre en manada en sus albores pero que con el tiempo se desmiembran entre trabajos, pasatiempos y gustos; pasan de prisa, mirando sin ver, silentes, escasamente conectados a la tierra por sus pies; cargan de todo: los trabajos de toda la carrera, todos los materiales, no piden nada prestado, nunca se detienen en el Ducuara, compran poco y se van derecho p’ a la casa; todavía tienen las marcas del colegio en la cara y las recomendaciones de los cuchos las cargan p’ a todo lado –sólo al comienzo-; no van a carpa azul, no toman biche, no se parchan, nunca botan el carné, siempre tienen los trabajos listos, no meten..... Aún.

En la omnipresencia del vacío deambula la ausencia de los ancestros; los que se matricularon hace siglos, códigos diluvianos que terminaron convirtiéndose en pañete, en muros, en argamasa de los edificios, o en patrimonio como Pitágoras; petroglifos los unos, sabios, inquietos y claros; arcilla simple los otros, que se yerguen esperando el discurso que mejor los arrulle o el molde que más les calce.

Extraño el incesante golpeteo de las tablas de los skaters, la nena de la bici; las cintas acuarelas de la grácil gamina que serpentean caprichosas en el destino de sus brazos; a los malabaristas; anhelo ver a los artistas y sus óleos que pasan desangrando trementina virgen y me asaltan imágenes de capuchos de conciencia clara.

A los raperos y a los clientes de Babylon también; extraño a los chirretes que se volvieron gradas, puente, kioscos, terrazas, árboles, madre tierra y que reclaman su territorio en la fuerza del visaje, que se resisten a ser otro ladrillo en la pared, que cuestionan y se cuestionan y disparan desde la utopía carcajadas de sol a la noche recién parida; ya no huele a pollo y la noche llega sin huesos que prender; hasta los perros se desaparecen y no exactamente porque no haya comida en la María; pareciese que extrañan sus amos de semestre y se marchan a la calle para olvidar; de cuando en vez veo a pinkys deambulando como zombis por la cancha o el parque.

En mi nostalgia igual trato yo contigo: me niego a saberte lejos y desde la madrugada te regreso a punta de gritos que se me esconden capuchos en la boca; te anhelo contestatariamente desde mi esquina, te hago manifestación, marcha sin carnaval, rabia que masculan mis tuétanos; como no estás, me planto en el derecho de traerte a pulmón entero, pueblo con tu sonrisa cada matica, cada hoja para poder nombrarte como se me dé la gana o para prender tu aliento en cualquier ruido que se asome; con la brisa te llamo beso, cuerpo, alma; aquí en la noche los fantasmas duermen; y yo te llevo en mis manos para que no tengas excusa de perderte entre las calles; te llevo a casa, te acuesto, te beso y te duermo... te sueño.

Todos son mis hijos, menos tú; por eso quisiera levantar muros y encarcelarlos sólo para que no me abandonen porque aunque los prados bullan de verde y no haya quien baje las guayabas, los pomarrosos o los mangos a esta universidad le faltan corazones, almas, cuerpos.... y a mí me faltas tú, qué le voy a hacer.